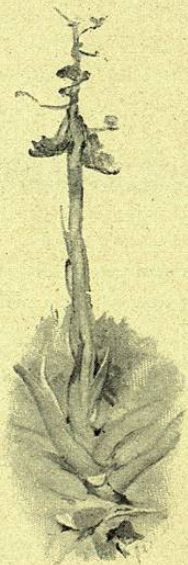


preponderancia anterior; porque vdes. no ignoran, y nadie ignora en México, lo que ha pesado Jalisco en los destinos de la patria.



VIII

LA PRIMA

He disertado, tal vez con gran pesar de vdes., pero creí necesarias las observaciones que acabo de hacer, para que sea conocido el teatro en que van á representar mis personajes.

Ahora vuelvo á mi novela, que hace tiempo que la escena está sola y que no hago más que poner decoraciones.

He dicho que Guadalajara, cuando llegamos, estaba llena de animación y de ruido. Había en ella, no ese aspecto sombrío y severo de una plaza que está próxima á defenderse, sino la alegría aturdidora de una ciudad que, no teniendo duda acerca de la suerte que le espera, quiere al menos ahogar en la fiesta sus inquietudes y su desesperación.

Mañana caería en las garras del extranjero, y la familia liberal jalisciense, que lo sabía, procuraba gozar los últimos instantes, y darse, en medio de la locura del festín, los últimos *adioses*.

Eran las postreras alegrías del hogar.

De modo que si Guadalajara ocultaba en su seno todas las palpitaciones de la zozobra y e temor, hacía esfuerzos para disimularlas con sul semblante risueño, con sus gritos de entusiasmo y con su indolente amor al placer.

El general Arteaga, gobernador entonces de Jalisco, había reunido en la ciudad numerosas tropas que disciplinaba con empeño, esperando, como era de suponerse, que bien pronto tendría que hacer frente á las legiones invasoras.

Nuestra llegada aumentó la animación : éramos mexicanos y jóvenes, es decir, gente alegre, bulliciosa y amante de divertirse hasta en visperas de morir.

Nuestros oficiales eran todos bien educados, elegantes y amables. Nuestro cuerpo de caballería, y digo nuestro porque ya me consideraba perteneciente á él, era en este particular privilegiado.

El coronel era el tipo más acabado del *gentleman*. Había querido que sus oficiales fuesen semejantes á él, y había logrado reunir en su

cuerpo una pléyade verdaderamente escogida de *dandys*.

El único con quien estaba descontento era Valle, y eso no porque careciera de modales finos, sino porque, como lo he dicho, no era comunicativo ni galante, ni gustaba de la francachela. Parecía *el mal pariente* de aquella familia militar; y como su conducta, su observancia rigurosa de las leyes del ejército, y su exactitud, eran un reproche constante para el coronel, que solía relajar la disciplina, éste deseaba con toda su alma desembarazarse de tan incómodo subalterno.

He dicho antes que Valle prometió á su amigo Flores llevarle á casa de su prima.

El Don Juan, á quien pareció seductora la promesa, deseoso como estaba de conocer á las beldades de Jalisco, para quienes esperaba ser tan simpático como siempre, no perdió oportunidad de recordar á Valle su oferta; y al día siguiente, después de terminadas las ocupaciones militares del cuartel, los dos jóvenes se dirigieron á la plaza principal á practicar un reconocimiento, presumiendo, como era natural, que allí habría bellezas que contemplar y amigos que les sirvieran de *cicerones*.

Era domingo, y la mañana estaba hermosísima; pero en la plaza, cuyo cuadro está embellecido con una hilera de naranjos, no

encontraron nada de particular, pues la reunión más notable se hallaba en el atrio de la Catedral, en la que se celebraba la misa de doce.

Este atrio se halla limitado por una soberbia y magnífica reja de hierro.

Nuestros oficiales, llamando la atención por su elegante uniforme, y particularmente Flores por su gallardo continente, atravesaron la puerta de la reja y penetraron al interior del templo, cuya magnificencia omito describir para no parecer fastidioso. Sólo diré á vdes. que los jaliscienses se enorgullecen de poseer tan suntuoso edificio, obra del arquitecto Martin Casillas, *el maestro más insigne que había en aquellos tiempos*, según ellos dicen.

Cuando los oficiales entraron, la misa estaba concluyéndose, y mientras que Valle, más artista y más observador, examinaba la fábrica del templo, la forma y riqueza de los altares, y se fijaba con curiosidad en los sombreros viejos de los obispos difuntos, que están pendientes de un hilo arriba de cada uno de los altares, y acerca de los cuales se cuentan muchas candorosas tradiciones que el joven recordaba sonriendo, Flores, más inclinado á contemplar las bellezas humanas que las bellezas arquitectónicas y las antigüedades, recorría con admiración los diversos grupos de

encantadoras hijas de Guadalajara, que llenaban las naves de la Catedral y en derredor del altar en que se celebraba el Oficio Divino.

— Hombre, Valle, deje vd. de contemplar santos como un bobo, y mire los primores que hay aquí. ¡Canario! qué muchachas tan deliciosas tiene Guadalajara.

Valle miró y quedó asombrado. En efecto, había allí un centenar de mujeres hermosas, hermosísimas, como las sueñan los poetas, como las pintan los enamorados.

Las naves resplandecían más que con el fulgor de los blandones y con los rayos de luz que penetraban por las ventanas, con el brillo de tantos ojos negros que parecían encendidos, no por el tibio fuego de la piedad, sino por la hoguera abrasadora del amor y del deseo.

La misa había concluido : los oficiales vinieron á situarse en la puerta principal, y allí pasaron revista á todas las bellezas que acababan de ver en conjunto y de priesa.

Todas ellas se fijaban en los dos jóvenes, y con especialidad en Flores, que estaba soberbio de belleza, de elegancia, y que tenía en su semblante y en su apostura ese no sé qué poderoso é irresistible que atrae infaliblemente las miradas y el corazón de las mujeres.

De repente se acercaron á ellos dos jóvenes gallardas y majestuosas como dos reinas. Una

1020006045

de ellas tenía cubierto el semblante con un espeso velo. La otra era hermosa como un ángel.

Rubia, de grandes ojos azules, de tez blanca y sonrosada, y alta y esbelta como un junco, esta joven era una aparición celestial.

Valle, al verla, se ruborizó cuanto era posible en su semblante pálido. Ella le dirigió una mirada y le saludó sonriendo ligeramente; pero al fijarse después en Flores se detuvo un instante lo mismo que su compañera, como fascinada por la mirada audaz del bello seductor que estaba acostumbrado á imponer desde el primer instante, sobre las mujeres que veía, el despotismo de su influencia terrible.

Después de esta detención momentánea las dos damas salieron del templo con cierta precipitación, atravesando el atrio entre una doble hilera de *liones* de Guadalajara que se inclinaron respetuosamente para saludarlas. En este momento Valle murmuró al oído de Enrique estas dos palabras :

— ¡Mi prima!

Enrique sonrió y se contentó con decir entre dientes :

— ¡Deliciosa!

La rubia, al través de las rejas del atrio aun volvió una vez el semblante, y sin hacer caso de los pisaverdes cuyos ojos la seguían, dirigió

una última mirada al gallardo compañero de su primo.

— Entiendo, dijo Flores á éste, que tendrá vd. el buen gusto de seguir á su linda prima; y yo creo que es de mi deber acompañarle.

— Bueno, contestó Valle un poco contrariado : no sé si se dirigirá á su casa y si podrá recibirnos á esta hora; pero vamos, y ello dirá.

— Querido, replicó Enrique, estoy seguro de que una mujer linda y de buen sentido tendrá mucho placer en recibir á cualquier hora á dos muchachos de México como nosotros.

Diciendo esto siguieron á las encantadoras criaturas, que atravesando la plaza y algunas calles y encontrando en su camino miradas de amor y saludos cariñosos, se dirigieron á la calle del Carmen, deteniéndose á la entrada de una casita linda y alegre como una jaula de canarios. — Allí, después de volver todavía el rostro para cerciorarse de si eran seguidas, viendo á los oficiales que venían en pos de ellas á pasos rápidos, haciendo sonar en las baldosas sus acicates de oro, entraron y se dirigieron inmediatamente á la sala de recibir.



IX

LA PRESENTACIÓN

Los dos jóvenes atravesaron alegremente los umbrales de la linda casita, luego un pequeño patio que parecía una gruta de verdura y de flores con un risueño surtidor de mármol, y bajo una cortina de enredaderas penetraron en el corredor y se detuvieron en la puerta de la antesala.

Ya los esperaban. La hermosa rubia se adelantó hacia ellos y les dijo con la más dulce de las voces humanas.

— Pasen ustedes.

Y los introdujo en el pequeño y fresco salón, en donde se hallaban reclinadas en un sofá una señora de cuarenta años y la joven que antes se cubría el rostro con un velò, y que

mostraba ahora el más lindo semblante que hubiera podido soñar un poeta musulmán.

Era blanca, de ojos y cabellos negros y labios de mirto.

Los jóvenes quedaron deslumbrados.

— Querida tía, dijo Valle á la señora mayor, tengo la honra de presentar á vd. á mi buen amigo Enrique Flores, comandante como yo en el ejército.

Flores se inclinó graciosamente y murmuró las palabras de cortesía sacramentales.

Después Valle le presentó á su prima Isabel, que se ruborizó notablemente al encontrarse frente á frente del hermoso oficial.

— Ahora, como compensación, dijo la señora, por el gusto que nos ha dado vd. presentándonos á su amigo, le presentaré á mi vez á la mejor amiga de Isabel y una de las señoritas más distinguidas de Guadalajara. Querida Clemencia, mi sobrino Valle y su amigo.

Los dos se inclinaron respetuosamente.

Valle sintió, al encontrarse con la mirada de Clemencia, que se le oprimía el corazón. Evidentemente en los ojos negros y lánguidos de aquella hermosura terrible había algo más que el brillo y la languidez. Había un agüero, quién sabe si feliz ó desgraciado; y sea que tengamos todos una sibila en el alma que nos hace sentir la influencia que ejercerá en

nuestro destino la persona á quien vemos por primera vez, ó sea que Valle, poco acostumbrado á acercarse á las mujeres bellas, se encontrase turbado y confuso, el hecho es que se estremeció visiblemente y que tuvo una sensación de miedo y de dolor.

— ¿ Se pone vd. malo, hijo mío ? preguntó la señora con interés á su sobrino.

— No, tía, no tengo nada.

— Está vd. muy pálido.

— Fernando tiene una apariencia enfermiza, dijo Flores; pero con ese cuerpo delicado que vdes. ven, disfruta de una salud robusta. Fué herido hace poco; pero eso pasó ya, quizá le ponga de este modo la agitación del momento, el clima nuevo para nosotros, ó más bien la timidez de su carácter, porque Valle es tímido de una manera rara.

— ¿ Tímido ? replicó la señora; pues será una excepción de su familia. Su padre y primo mío y sus hermanos no pecan por encogimiento. Al contrario, son la personificación de la alegría y la franqueza. ¿ Y por qué razón, añadió preguntando á Valle, se ha dado la circunstancia de que cuando he estado en México y aun en Veracruz no he visto á vd. jamás en su casa ? Siempre me decían que estaba vd. ausente.

— Señora, desde muy pequeño, contestó

Valle, me alejé del lado de mi familia para estudiar; después entré á servir en el ejército; apenas conozco á mis hermanos, y por muy poco tiempo he permanecido bajo el techo paterno.

— ¡Qué triste es eso! Pero ni aun en las reuniones íntimas, en aquellas en que no hay costumbre de que falten los hijos, como por ejemplo, en los días del papá ó de la mamá, he visto á vd. en su compañía. Y los otros hermanos habían venido unos desde Veracruz y otros desde el extranjero á ocupar su puesto en el banquete de la familia : sólo vd. faltaba siempre.

— Estaba yo enfermo unas veces, otras llegaba algunos días después, por motivos independientes de mi voluntad; pero no había otra causa.....

Esta conversación hacia mal á Valle, y era perceptible que deseaba no se continuase. La señora lo comprendió así y se volvió para hablar con Flores.

El galante oficial, que primero había observado rápidamente y á fuer de hombre conocedor á las dos bellas jóvenes, pasaba de una á otra alternativamente los ojos, como en un estudio comparativo, y había acabado por comprender que las dos rivalizaban en hermosura y encantos.

La una era blanca y rubia como una inglesa. La otra morena y pálida como una española. Los ojos azules de Isabel inspiraban una afeción pura y tierna. Los ojos negros de Clemencia hacían estremecer de deleite.

La boca encarnada de la primera sonreía, con una sonrisa de ángel. La boca sensual de la segunda tenía la sonrisa de las huries, sonrisa en que se adivinan el desmayo y la sed.

El cuello de alabastro de la rubia se inclinaba, como el de una virgen orando. El cuello de la morena se erguía, como el de una reina.

Eran bellezas incomparables, y Flores, sin decidirse por ninguna de ellas, hizo lo que en semejantes casos tenía de costumbre, se dejó arrastrar por la mano del destino. Dejó á la suerte la elección, y como se había de empezar por algo, se acercó á Isabel y entabló con ella una de esas conversaciones frívolas de primera visita, sobre la población, el clima, la catedral, las señoras, la casa y las flores, y todo lo que presta un elemento para formar diálogo. Isabel se sentía turbada y feliz, Enrique la encantaba; aquel carácter ligero, agradable, risueño, aquellas palabras llenas de chispa y de agudeza le parecían sonar por primera vez en sus oídos y tenían todos los encantos de la novedad.

Por otra parte, hemos dicho que Flores era

hermoso, é Isabel era de esas mujeres para quienes la forma es todo. Su pobre primo no podía sostener una comparación física con el joven y gallardo rubio.

Clemencia se parecía mucho en esto á su amiga. Adoraba la forma, creía que ella era la revelación clara del alma, el sello que Dios ha puesto para que sea distinguida la belleza moral, y en sus amigas y amigos examinaba primero el tipo y concedía después el afecto.

Y esto no da derecho á suponer que las dos jóvenes careciesen de talento y de criterio, no: la naturaleza había sido pródiga con ellas en dones físicos é intelectuales. Clemencia pasaba por tener una de las inteligencias más elevadas del bello sexo de Guadalajara. Isabel era citada por su talento.

Ambas estaban dotadas del sentimiento más exquisito. Eran mujeres de corazón.

Pero juzgaban como juzgan casi todas las mujeres, por elevadas que sean, y eso en virtud de su organización especial. Aman lo bello y lo buscan antes en la materia que en el alma. Hay algo de sensual en su modo de ver las cosas. Particularmente las jóvenes no pueden prescindir de esta singularidad, sólo las viejas, escogen primero lo útil y lo anteponen á lo bello. Las jóvenes creen que en lo bello se

encierra siempre lo bueno, y á fé que muchas veces tienen razón.

Así, pues, Clemencia, desde que llegaron los oficiales, por una inclinación irresistible no cesó de dirigir frecuentes miradas para examinar á Flores que á su vez la hacía sentir el poder de sus ojos audaces é imperiosos.

El triste Valle continuó su conversación con la tía y le habló de plantas y árboles frutales. Era algo botánico, y como estaba poco habituado á las conversaciones de sociedad, procuraba mezclar siempre sus pequeños conocimientos para no quedarse callado.

No por eso dejó de observar la impresión que su amigo había causado en las dos hermosas muchachas, y más de una vez se quedó distraído y contrariado.

¿Comenzaba á amar? Puede ser, y en ese caso, la pura, la virginal Isabel, la que inspiraba amores castos y buenos, debía ser el ídolo de su corazón. Él necesitaba un ángel, y su prima era un ángel que encerraba en su alma todos los consuelos, todas las esperanzas que podían cambiar el aspecto de su vida solitaria y triste.

Pero la rubia sonreía á Flores de una manera insinuante, era una esclava que se rendía sin combatir á su futuro señor.

Un momento después, y con los cumplimientos de estilo, los jóvenes salieron de aquella casa; Valle taciturno, Flores alegre, decidor y risueño.



X

LAS DOS AMIGAS

— Clemencia, ¿qué te parece mi sobrino? preguntó la señora á la hermosa morena.

— Me parece un joven instruido y bueno, algo encogido.

— Fernando debe estar enfermo, añadió Isabel con cierta compasión; su palidez no es natural, y además, ¿no has notado, mamá? sus manos tiemblan.

— Será nervioso, observó Clemencia.

— Es un muchacho raro, volvió á decir la tía, y en su vida debe ocultarse algún misterio. Hemos estado en México y en Veracruz, hemos visitado con frecuencia su casa; jamás le hemos visto. Al preguntar por él, pues sabíamos que á más de los tres hijos de mi primo que allí

vimos, había otro, siempre se nos contestó que estaba ausente; pero yo observaba cierto desagrado al hablar de él, lo que por otra parte se hacía de una manera breve y seca. Su familia, rica y de carácter alegre, daba fiestas á menudo, ya en sus salones de México, ya en sus haciendas del Estado de Veracruz, pero jamás parecía extrañar en ellas la falta de un hijo, jamás sus hermanas, que son muy lindas, le consagraban un recuerdo, jamás los amigos de la casa le nombraban: había hasta cierto cuidado en evitar las conversaciones que pudieran recær sobre su ausencia. En fin, yo supongo que este pobre joven debe haber causado á sus padres, hace tiempo, algún profundo disgusto, ó ha cometido alguna gravísima falta, y que á consecuencia de eso ha incurrido en el desagrado de la familia y ha sido arrojado del hogar paterno. Tanto más probable es mi suposición, cuanto que su familia pertenece á un partido mortalmente enemigo de éste en cuyas filas anda sirviendo mi sobrino. Verdaderamente estoy admiraba de ver á Fernando con el uniforme liberal, cuando su padre es uno de los más notables conservadores y ha prestado servicios á su partido, de gran consideración, lo cual ha hecho que se le vea en él con mucho respeto.

Esto no puede explicarse sino existiendo

una profunda división entre el padre y el hijo, pues de otro modo, creo que mi primo habría preferido matar á su hijo antes que verle de oficial en el ejército republicano.

Pero como vdes. supondrán, cualquiera que sea el origen de semejante división entre Fernando y su padre, no puede uno tener buena idea de un hijo así, y hay que sospechar acerca de su conducta.

— Mamá, dijo la dulce Isabel, yo le confieso á vd. que veo en mi primo algo que me causa antipatía; y por Dios que mis ojos nunca me engañan, y que todo aquello que me disgusta á primera vista, resulta malo.

— Bien puede ser, replicó la señora; pero entretanto que averiguamos todo lo que hay en el asunto, tenemos que tratar á Fernando como á un pariente nuestro y que ocultarle nuestras sospechas, que bien podrían carecer de fundamento.

— Tal vez le condenan vdes. demasiado pronto, objetó Clemencia con aire de lástima. Yo no le veo nada repulsivo, como Isabel. No es agraciado, no es simpático, y además su encogimiento, que no parece ser propio de un mexicano, le perjudica mucho. Es muy serio; tal vez su carácter se haya agriado con alguna enfermedad, porque en efecto está muy pálido, muy delgado, y ahora nos lo pareció más, por-

que le comparáramos con su amigo que está brillante de salud y de frescura.

— ¡Oh! en cuanto á ése, dijo Isabel, ruborizándose ligeramente, ¡qué simpático es! ¡qué guapo!

— ¿Te agrada, Isabel? preguntó Clemencia con una imperceptible malicia.

— Sí, tiene mucha gracia, es muy fino.

— Es un joven distinguido, y no hay duda que pertenece á una buena familia, observó la señora.

— No hay muchos oficiales así, dijo Clemencia; éste es un modelo de elangancia y de caballerosidad. ¿Viste qué ojos tiene, Isabel?

— Y ¡qué bien habla!

— Y ¡con qué garbo lleva su uniforme!

— Mi pobre primo Fernando, la primera vez que nos hizo una visita nos habló de la atmósfera de Jalisco, de los árboles y del lago de Chapala. Ya tú comprenderás, Clemencia, que esto sería muy bueno, pero que no era oportuno ni tenía chiste. Mi primo será un observador, pero no es nada divertido ni galante; creo que nunca ha estado en sociedad, pues tartamudea y se avergüenza, y se queda callado como un campesino. Flores es diferente, ya lo has visto.

Clemencia se puso pensativa, y después

dirigió á su amiga una mirada escrutadora y profunda.

Isabel, casi avergonzada de haber dicho tanto, y poniéndose roja como la grana, al sentir la mirada maliciosa de su amiga, repuso luego, como para chancearse:

— ¿Y tú, querida, has encontrado bien á mi primo? ¿Te has enamorado de él?

— Sí; encantador es tu primo, por vida mía.

Isabel sintió algo como un leve dolor de corazón, al oír hablar así á su amiga. Comprendió que el gallardo Enrique había causado una impresión grata en el ánimo de Clemencia, lo mismo que en el suyo, y tal vez presintió que iba á tener una rival, y rival temible, pues Clemencia, por sus encantos y por su talento, era más peligrosa que ella para los hombres.

Pero ¿qué pasaba? Isabel estaba enamorada ya y tan pronto? No tal; pero sucedía entonces lo que sucede siempre que dos beldades se encuentran por primera vez con un hombre superior. Se establece entre ellas una rivalidad momentánea, cada una procura atraer la atención de aquel amante en ciernes, y cada una teme verse pospuesta á su antagonista.

Isabel y Clemencia eran dos bastante lindas mujeres para que carecieran de adoradores. Los tenían en gran número en Guadalajara, y

estaban acostumbradas á dominar como reinas, alternativamente ó juntas, en todas partes.

Así, pues, no era el deseo de ser amada por el primer venido, el que las hacía disputarse en aquel instante la preferencia de hermoso oficial, sino el amor propio, innato en el corazón de la mujer, y mayor en el corazón de la mujer bella, que quiere conquistar siempre, vencer siempre y uncir un esclavo más al carro de sus triunfos.

Además, ya he dicho cuáles eran las ventajas físicas y sociales de Enrique, y será fácil comprender cuán superior le hallaron las lindas jóvenes, á todos los rendidos amantes que hasta allí las habían rodeado.

Ser amadas también de aquel gallardo y brillante joven de México, ¡qué placer y qué orgullo!

Clemencia estaba invitada á almorzar en casa de Isabel. Pusiéronse á la mesa y almorzaron alegremente; pero cualquiera habría podido notar en el semblante y en la conversación de las hermosas, que una preocupación oculta las agitaba y las ponía, á ratos, pensativas.

Iban á ser rivales, ó más bien dicho, ya lo eran.

XI

LOS DOS AMIGOS

— ¿Por qué viene vd. tan callado, Valle? ¿ha dejado vd. el alma en esa casa? preguntó Flores á su amigo, después de haber andado algún rato.

— No tal.

— Sí; conmigo, fuera reservas: vd. está enamorado, hijo mío, ó algo le sucede de extraordinario, porque ha tenido vd. singularidades que no pueden engañar á ojos tan expertos como los míos.

— Ya vd. me conoce, soy tímido delante de las mujeres, y esto es lo que me ha sucedido hoy. Ayer ha pasado lo mismo. Sabía yo que esta familia vivía en Guadalajara; que ella había estado en México y que había tenido